

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad

SUMARIO. *Revista de Modas*, por D.^a Aurora Perez Miron.—*La Margarita de las Margaritas*, por D.^a Angela Grassi.—*La flor del recuerdo* (poesía), por D. Antonio Arnao.—*La subida de la marea* (conclusion), por M. S.—Páginas infantiles, por B. T.—*Labores*, por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 858 bis.—*Grabado de Labores*, núm. 71.

REVISTA DE MODAS.



ADIE se ocupa por el momento en cuestion de Modas mas que de trajes de campo y de playa. La emigracion es general, y nuestra capital se queda por una corta temporada huérfana de su círculo favorito! Bandadas de hermosas jóvenes, principal ornato de los salones en el invierno, se ven ahora en las playas de Biarritz, Deva, San Sebastian, y por las alamedas de la Granja, hoy menos animadas, sin embargo, que otros años.

El traje corto, tan cómodo como gracioso, es el admitido para estos viajes, hechos comunmente en piqué, lani-llas ó foulard. La doble falda lisa ó á picos, ondas ó alme- nas, entran en todas las combinaciones caprichosas á que tanto se presta el traje corto, cuyo principal complemento viene á ser el paletot recto y holgado, de tela igual á la del traje, ó lana dulce, para reservar del frio de la tarde nues- tros hombros, harto espuestos á los cambios atmosféricos con la lijereza de nuestros trajes. Estos paletots hácese con manga justa ó perdida, á gusto de cada cual, y con ellos compite dignamente la rotonda imperial, abrigo siempre cómodo y distinguido.

Los sombreros para estos trajes son redondos, peque- ños, de copa muy bajita y ala estrecha, sosteniendo una ligerísima guirnalda de flores ó un *echarppe* estrecho de tul cuyos cabos descenden en bridas, anudándose flotantes por detrás debajo del peinado. Los sombreritos de este año, in- verosímiles en verdad, porque son inútiles para reservar el rostro de los rigores del sol, son la prenda mas graciosa que ha inventado la Moda actual. ¿Habeis visto alguna vez las pastoras debidas al pincel de Wateau con sus pequeñísimos sombreros casi cubiertos por la guirnalda que los rodea? Pues tal son en el día nuestras encantadoras jóvenes; be-

llísimas pastoras que parecen aguardar tambien un pincel privilegiado que copie sus hechizos!

Los sombreros de calle continúan pequeños, de tul bu- llonado, y algunos hemos visto de ala ondulada, que fa- vorecian estremadamente al rostro: adórnanse con do- bles bridas de cinta y tul, que se anudan, unas por de- lante, otras por detrás debajo del peinado, y con lindos grupos de espigas y flores silvestres. La toquilla-velo de encaje blanco ó negro redonda por detrás, con pico por de- lante y con las puntas sujetas por detrás en el talle, roba importancia al sombrero de dia en dia, y podemos afirmar que hasta la próxima estacion este será el tocado favo- rito de las jóvenes para acompañar á trajes de calle.

Estos se confeccionan en telas ligeras, blancos especial- mente, y entrando mucho como adorno peculiar suyo el encaje blanco ó negro. El encaje, que denotaba gran ri- queza hace algunos años, ha llegado á ser hoy del domi- nio general, y se creeria que no es gran cosa su valor, al ver algunas señoras cubiertas literalmente de encaje! Ciertamente es que ha bajado mucho su coste, pero aun así la Moda actual hace un verdadero abuso de este rico tejido. Pale- tot de encaje, cuerpos de guipure de Cluny, sombrillas cubiertas de encaje blanco ó negro... hé aquí los principa- les accesorios de un traje de calle!

La hechura de éstos es decididamente la doble falda, haciéndose muchos cuerpos-justillos, que dejan ver ricas camisetas, confeccion que empezó á nacer en las últimas reuniones de invierno, sosteniéndose en los trajes de ve- rano. El adorno principal consiste en trenzas de seda, sobre todo para los trajes de foulardt y alpaca, las cintas de raso para las telas de seda, y los entredoses de encaje con viso, y los flecos de cristal de colores para telas mas ricas. Entre las últimas novedades para adornos figura el fleco escocés,

hecho con sedas de todos colores, muy á propósito para trajes de lanilla y trajes de niñas.

Los trajes blancos, lindo accesorio de los trajes de la estación, se ostentan en la presente mas caprichosos que nunca con entredoses y encajes, colocados en mil distintas combinaciones. Estos cuerpos hácese escotados ó altos, con las mangas separadas, lo que les hace susceptibles de variarlas cortas ó largas, á discrecion, recomendándose mucho esta sencilla prenda para reunion de pocas pretensiones con una falda cualquiera y un fichú María Antonieta, prenda distinguida que parece recobrar su perdido imperio.

Sin embargo, como con las fiestas modestas suelen alternar en los puertos de mar otras mas pretenciosas, diremos que se han hecho para las espedicionarias lindos trajes de baile en tul y tarlatana con viso de raso ó de grós; la disposicion predilecta son tambien las dos faldas y el adorno, ligerísimas guirnaldas de flores y follaje escarchado cu-

briendo las costuras de la falda, el escote y las mangas alrededor. Direis que estos trajes son semejantes á los del invierno! Cierto, en un todo iguales, suprimiendo en caso las joyas, ¿y cómo quereis que así no sea cuando el tul, reservado antes á la soirée, se lleva en la actualidad al paseo y á los Campos Elíseos sobre un viso de seda de color? Qué menos se puede llevar al baile que lo admitido en el paseo? El gusto actual tiende á la riqueza cada vez con mas empeño.

Repróchase á los periódicos de modas dar descripciones demasiado caras, pero quien puede lo mas puede lo menos, y es mas fácil simplificar un traje que añadirle accesorios. No olviden nuestras lectoras que un traje liso de corte irreprochable es lo mas distinguido, y que él será siempre el elegido por la mujer de verdadero gusto. La sencillez, lejos de perjudicar á la elegancia, es por el contrario, su principal ornamento!

AURORA PEREZ MIRON.

INSTRUCCION.

LA MARGARITA DE LAS MARGARITAS.

Una de las figuras mas bellas y poéticas que descuellan en la Edad media, es la de Margarita de Valois, hermana de Francisco I, Rey de Francia.

En los frondosos bosques de Navarra, cuya corona ciñó con suma gloria en sus alegres valles, en sus montes, muestra todavia el labrador de aquellas fértiles comarcas su nombre, esculpido en mármoles y en bronce, ó grabado sencillamente sobre las rocas ó las cortezas añosas de los árboles.

Han pasado mas de tres siglos desde que reposa en su sepulcro, y todavia la bendicen los sencillos corazones de aquellos cuyos padres la debieron su dicha ó su fortuna, que por mas que se diga, el tiempo que reduce á polvo el diamante y los metales, no puede destruir la memoria de los seres benéficos y compasivos.

Aquí muestran una calzada, allá una fábrica ó un molino, mas allá un canal de riego, que fertiliza muchos prados, y mas allá todavia, una graciosa ermita dedicada á la Virgen, y oculta entre guirnaldas de rosas y jazmines. Todo aquello es obra de una reina, no la mas poderosa, pero sí de las mas buenas é ilustradas que se cuentan en los fastos de la historia.

Nació Margarita en Angulema, el 10 de Abril de 1492, y debió el sér á Carlos de Orleans, Duque de Angulema, y á su esposa, Luisa de Saboya. Educóse en la córte galante de Luis XII, y desde su mas tierna edad se dedicó al cultivo de la poesía y de las letras, con aficion tan decidida, que hizo muy pronto rápidos progresos.

El cielo la habia colmado de todos sus dones, acompañando á la dádiva del genio la mas preciosa aún del entendimiento. Su razon era clara, su juicio recto, su modestia tan grande, que abandonaba sin ningun esfuerzo las regiones fantásticas de la poesía para entregarse á quehaceres y estudios mas útiles y necesarios en la vida positiva, cosa que no suelen hacer los hijos de Apolo, ya sea por impotencia, ya por desden y orgullo.

Así es, que las poesías de esta Princesa se distinguen por su estructura fácil, natural y sencilla, y por el verdadero sentimiento que rebosa en ellas. Sus artículos en prosa, y sobre todo sus cuentos, tan celebrados por La Fontaine, gozan todavia de mucha estima entre los amantes de las letras.

Además de poseer con bastante perfeccion las lenguas vivas, sabia el latin y el hebreo, y cultivaba la música y la pintura, cifrando en el estudio todas sus delicias.

Princesa, jóven, bella y adornada de tantos atractivos, no es extraño que en la córte de Francia la llamasen: *Cuarta Gracia* y *Décima Musa*, ó bien, á imitacion de Francisco I, su hermano, *La Margarita de las margaritas*.

Y sin embargo, no era ni su hermosura, ni su genio, ni su saber, lo que constituia su verdadero mérito, sino un carácter dulce, una bondad angélica, una caridad sin límites.

Amábanla cuantos tenian la dicha de conocerla, y la bendecian cuantos tenian ocasion de hallarla en su camino, en los dias de amargura.

No bien hubo cumplido diez y siete años, la casaron, en 1509, con Carlos, último Duque de Alenzon, Príncipe de la Sangre y Condestable de Francia; pero como no es la nobleza ni son los altos títulos los que dan prez y valía á las personas, Margarita no encontró en su esposo aquella pari-

dad de ideas y sentimientos que engendra el amor, y constituye la dicha del matrimonio.

Vivia, no obstante, sino muy feliz, tranquila y sosegada, cuando la sorprendió de improviso el infortunio, que no respeta ni el mérito ni el rango.

Después de la desgraciada batalla de Pavía, Carlos, que no había contribuido poco con su impericia á que se perdiera, murió en Lyon, de resultas de sus heridas.

¡Cómo espresar el hondo desconsuelo de Margarita, al saber la fatal noticia! ¡Su esposo, muerto, su hermano, prisionero, abatida la gloria de la Francia! ¡Qué cúmulo de conflictos y de horrores!

Pero su alma fuerte y enérgica pronto se sobrepuso á su dolor, y buscó los medios de conjurar la tormenta.

Vino á España, y harto dicen crónicas é historias la sensación que produjo en la corte de Carlos V, por su belleza, su gracia y su talento.

Aun recordarian los ecos de la Torre de los Lujanes, si existieran, los dulcísimos consuelos que prodigaba á su hermano prisionero; aun recordarian los del antiguo Alcázar las súplicas dignas que dirigía al César español, para alcanzar la libertad del Rey cautivo.

Mucho debió influir la Princesa en el ánimo de Carlos V, que mucho influyen modestia, virtud y talento, en los nobles corazones, pues el vencedor de Pavía no se aprovechó de su victoria, y Francisco I volvió á sus Estados con muy leve menoscabo.

Hasta entonces Margarita, ó no había sentido el incendio del amor, ó si le había sentido le había sofocado valerosamente en un principio; pero por fin encontró al alma hermana de la suya, al corazón enérgico que podría servirle de sagrario en sus postreros días, al bello ideal de sus sueños de mujer y de poeta.

Vió á Enrique de Albret, Rey de Navarra, y le amó con una pasión sincera y profunda. Correspondióle Enrique con igual ternura, y en 1527 ciñó sus sienes, juntamente con la blanca corona de las desposadas, la esplendorosa corona de las reinas.

Fruto de tan feliz unión fué Juana de Albret, aquella mujer fuerte y prudente, que dió el sér á Enrique IV, Rey de Francia, y que heredó con las virtudes de su madre las virtudes de su ilustre abuela.

Si había brillado antes Margarita como escritora, brilló mucho más después, cuando demostró al asombrado mundo, su especial aptitud para el buen gobierno de un Estado.

Aunque amante de la justicia se complacía en hacer gala de esa ilustrada tolerancia y de esa bondadosa indulgencia que sabe ganar los corazones.

En prueba de ello, fué constantemente el ángel de paz, interpuesto entre los católicos y los protestantes, consagrando toda su vida á la ingrata y difícil tarea de extinguir

el odio implacable que dividía á los hijos de un mismo suelo, y arrancar al cadalso y á las hogueras á los unos y á los otros.

Siempre se hallaba de parte de las víctimas, fuesen quienes fueran, y con esto creía cumplir su misión de mujer y de cristiana.

Fiel á estos principios de universal misericordia, dió asilo en su corte á los innovadores perseguidos, y esta conducta generosa le atrajo la enemistad de la corte de Francia y de la Sorbona.

Margarita retó con ánimo tranquilo y sosegado las calumnias de que con este motivo fué objeto, y habiendo tenido la audacia los profesores del colegio de Navarra de hacerla figurar, satirizándola en una representación que dieron en un teatro de París, no solo les perdonó generosamente la injuria, sino que obtuvo con sus ruegos la gracia de los culpables, á quienes Francisco I, indignado, quería imponer un ejemplar y merecidísimo castigo.

Estas fueron las pequeñas nubes que entoldaron de vez en cuando el cielo de su dicha, porque la felicidad completa no es joya de este mundo.

Margarita de Navarra murió el 21 de Diciembre de 1569, á los 77 años de edad, legando á las generaciones futuras un nombre ilustre como escritora, y dejando en los campos de Navarra una memoria inextinguible como Reina, pues propagó la ilustración, hizo prosperar el comercio y la agricultura, florecer las artes y la industria, y cimentó el trono de la paz y la justicia.

Durante su feliz reinado, ni los grandes oprimieron á los pequeños, ni la pobreza honrada se convirtió en miseria desastrosa.

Siempre se la veía acudir solícita en pos del infortunio, para trocar las lágrimas en sonrisas y los ayes de dolor en fervientes bendiciones. Los desvalidos hallaban en ella un sosten; los huérfanos una madre.

Nunca se vieron brillar en su semblante los reflejos de un orgullo casi injustificado; nunca se descubrió en sus palabras la suficiencia casi propia de su rango y de su mérito.

Ejercía la caridad, como pidiendo perdón de ejercerla, y se mostraba agradecida á los que la daban ocasión de colmarlos de beneficios.

Su esposo, su hija, su familia, sus amigos la adoraban; sus pueblos y los infelices la adoraban y la bendecían; ¡cuánto más bella que la doble corona de Reina y de poetisa que ceñía en la tierra, será la corona de virtudes que ceñía ahora en la patria de los justos! ¡Cuán justo es el sobrenombre que le ha dado la historia de *Margarita de las Margaritas*!

ANGELA GRASSI.



LITERATURA.

LA FLOR DEL RECUERDO.

Hermano, cuando la vida,
Cual rápida flecha huyendo,
Deja en pos amargas penas
En lamentable trofeo;

Cuando al revolver los ojos,
De acerbos lágrimas llenos,
No hallamos quien nos alargue
Mano amiga de consuelo;

Cuando solo mustias flores
En nuestro camino vemos,
Senda erizada de espinas,
Mar proceloso y revuelto,

¿Qué mucho que el alma triste
Yazga en hondo desaliento,
Piadosa muerte invocando
Como su postrer remedio?

Así en la vida nosotros,
Bogando sin rumbo cierto,
Á la dicha arrebatados
Por un huracan deshecho,

¿Qué mucho si el vano mundo
Miramos con menosprecio,
Si nuestra gloria ciframos
Tras de la muerte y el tiempo?

En buen hora locos vayan
Tras estériles deseos,
Cual hojas que arrastra secas
En vértigo ronco el viento,

Los que en placer embriagados,
Y al bien de los bienes ciegos,
Sus esperanzas limitan
Del mundo al ámbito estrecho;

Que si unos llorando viven,
Y viven otros riendo,
Risas y lágrimas pueden
Trocarse en solo un momento.

Así el alma de tu hermano,
Sumergida en vago sueño,
Su afán presente veía
Y sus goces venideros;

Así alimentaba ardiente
De su amor el sacro fuego;
Su esperanza á tu esperanza
Su afán á tu afán uniendo;

Cuando, velado entre nubes
De luz de vivos destellos,
Bañado en paz el semblante,
De amor henchido su acento,

Vió romper el azul puro
De los encumbrados cielos,
Ángel que hendió los espacios,
Nacáreas alas batiendo.

«¿Quién eres?» dijo mi alma
Al sentir parar su vuelo,
Y al ver brillar en sus ojos
Luz que alumbraba mi pecho.

«¿A qué mi nombre? repuso:
»Sabe que amoroso vengo
»Desde el trono del que rige
»Con su voz el universo.

»Los que en vida de amarguras
»Invocais su nombre excelso;
»Los que del ingrato mundo
»Os apartais con desprecio;

»Los que la mano invisible
»Besais que, en castigo fiero,
»La frente del hombre humilla,
»Siembra en su vida el tormento,

»Sois sus hijos ¡ Oh ! ¡ Dichosos
»Los que el dolor bendiciendo
»Al llegar la helada muerte
»Gozosos estén y prestos!

»¡ Y tú, mortal, que deseas
»Ser de tu Dios noble siervo,
»Recibe la flor divina
»Que al mar de tu vida entrego.

»Llena de puros aromas,
»Que no disipan los cierzos,
»Hará tu dicha si amante
»Le das abrigo en tu seno!»

Dijo, y partió. De sus alas
Al murmullo lisonjero,
Y á los coros que rompian
Por las regiones del cielo,

Tornó á la vida mi alma,
Santa paz en sí trayendo,
Sombra, imagen y memoria
De un mundo al mísero abierto.

Creí ver á nuestro padre,
Coronado entre los buenos,
Pedir de Dios ante el trono
Que un ángel nos diese esfuerzo.

Pensé en tí; y aquella pura
Flor de virtud y consuelo
Cuyo misterioso aroma
Vagar por el alma sienta,

Es la que amante te envío,
Cual dulce flor del recuerdo,
Para que te den sus hojas
La ventura que á mí dieron.

¡ Besa su cáliz sagrado !
 ¡ Aspira su olor eterno !
 ¡ Nunca su gala marchiten
 Ni la desdicha ni el tiempo !

ANTONIO ARNAO.

LA SUBIDA DE LA MAREA.

(CONCLUSION.)

Y las dos tempestades seguían rugiendo, una en el mar y otra en el pecho del cariñoso y alarmado padre.

No pudiendo vencer la inquietud que le devoraba, salió á preguntar á las vecinas por Josefa. En el portal encontró á la madre de las dos niñas que acompañaban á Petrilla. Juntos encamináronse á la playa. Josefa, según les dijeron otras mujeres, había adelantado á buscar las niñas. Pedro y su vecina continuaron la marcha en dirección al sitio que les indicaron. Cuando el viento no les azotaba el rostro, la lluvia les calaba... El mar rugía, la costa se hallaba desierta; en las arenas veíase marcada la huella de varias personas; siguiéndolas llegaron al borde de un altísimo peñasco: allí subidas estaban Josefa y sus amigas con las manos levantadas al cielo. Pedro y su compañera treparon á la cima, tendieron las miradas por el piélago, y un grito de horror escapóse de la garganta del lobo de mar.

VII.

De poco le valieron sus precauciones al sargento, porque si no la distancia, las nubes y la lluvia le ocultaron muy en breve la costa. Carecía de brújula, el cielo estaba encapotado, y por consiguiente, navegaba sin rumbo y á merced de las olas, cuidando de agarrarse fuertemente á las tablas cuando las sacudidas eran recias.

La tormenta, que hubiera podido echar á pique una fragata, parecía jugar con la frágil navecilla. En el mar se realiza la fábula de la Encina y la Caña, tan deliciosamente narrada por el primero de los fabulistas.

Al caer la tarde, aclaróse algún tanto el horizonte, y Andrés pudo entonces divisar á lo lejos una especie de banda negruzca; era la costa. El viento había reemplazado á la lluvia, y con su ayuda y la de los remos, no tardó el sargento en aproximarse á la ribera: los verdes picos de las montañas aparecieron visibles, y muy bien pudo contarlos y distinguir á cada uno por su nombre propio. Hallábase muy cerca de la peligrosa barra, y temeroso de que la barquilla tropezara contra un escollo submarino, preparábase á virar de bordo, cuando un espectáculo triste, á la par que inesperado, le hizo enderezarse de pié sobre la barca, y despedir un grito semejante al que había lanzado casi al mismo tiempo el lobo de mar.

VIII.

¿ Por qué gritaban aquellos dos hombres tan valientes?
 ¿ Por qué Josefa y sus amigas levantaban las manos al cielo en ademán desesperado? Vais á saberlo.

La causa no era otra que la presencia de las cuatro pescadorcillas espuestas á una muerte horrorosa y al parecer inevitable.

Distraídas con la pesca las inocentes niñas, fueron mas allá de lo permitido; de peñasco en peñasco avanzaron hasta el mas próximo á la mar, y como ésta subía de momento en momento, resultó que los que habían dejado tras sí, y eran menos elevados, desaparecieron bajo la superficie de las aguas. Cuando las pescadoras lo notaron y quisieron retroceder ya no era tiempo; la marea las cerraba el paso. Entonces intentaron vanamente subir á lo mas alto del peñón, cuyo pico era inaccesible. Sus piés ¡ ay! resvalaban, sus manos se cubrían de sangre, y no logran asir un punto de apoyo. Isabel, desesperada, retorciase los brazos, Petrilla, de hinojos sobre la dura peña, levantaba al cielo sus ojos llenos de lágrimas... Una de las niñas se había refugiado entre sus brazos, la otra se afanaba por escalar el peñón inhospitalario. De pronto fijó Petrilla sus miradas en la vela que parecía crecer y ensancharse de segundo en segundo, vióla, y tendiendo las manos, comenzó á gritar con todas sus fuerzas: ¡ Socorro! ¡ Socorro!

Pedro Eguren oyó aquellos gritos, y su corazón de padre desgarróse al oírlos. Bien sabía que de un momento á otro las olas se llevarían á las pescadoras, como se habían llevado ya los cestos de las almejas. El mar recobraba lo que era suyo, y amenazaba tragarse á las que se lo habían quitado.

El primer impulso de Pedro fué arrojarle al mar, pero las mujeres le detuvieron gritando: «No ves que vas á morir sin salvarlas...» Una barca... una cuerda, gritaba Eguren enloquecido por el dolor. Pero ni la barca ni la cuerda se hallaban á mano, ni el tiempo daba espera... Dos ó tres minutos mas... y el mal no tenía remedio... Pero le tuvo... porque la misericordia de Dios es infinita, y apiadóse de aquellos padres... ¡ Una vela! ¡ una vela! gritaron casi á un tiempo tres ó cuatro voces. ¡ Oh, sorpresa! no cabía duda, era la barca de Pedro... ¡ Era el sargento quien la dirigía!

La marea entretanto avanzaba, pero avanzaba mas rápidamente la navecilla salvadora. ¡ Magnífica era la lucha entre la fuerza de las olas y la fuerza de la voluntad humana! Pedro, el intrépido Pedro, vióse precisado á moderar el ardor del jóven remero.

¡ No tan de prisa! ¡ Cuidado, Andrés, cuidado, que vas á dar contra la roca!... Vira de bordo... carga la vela. ¡ Bien, muchacho, bien! Un poco mas... así... rema á estribor... ¡ Bien! A babor ahora. ¡ Bravo, bravo! Tiéndelas el remo... ¡ Bravo, Petrilla!... Diantre con las muñecas, y que bien saben agarrarse y brincar... Ya están las cuatro dentro de la barca. ¡ Bendito sea Dios! ¡ Bendito seas, Andrés, te has portado mejor que un lobo de mar. ¡ Salvadas! ¡ salvadas! y mientras esto decía, cien veces tuvieron las mujeres que sujetarle de miedo que se cayera, según estaba de trémulo y de arrimado al borde resbaladizo.

Virgen Santa de Begoña, consuelo de los afligidos, es

trella de los mares, gritaban Josefa, y sus vecinas, nuestras hijas están en salvo. ¡ Bendita seas Reina de los cielos !

En tanto que las devotas mujeres se deshacían en lágrimas, en alabanzas y acciones de gracias. Pedro, á pique de romperse la crisma, ó caer al mar de cabeza, bajaba del empinado risco al desembarcadero. Cuando las mujeres llegaron á la playa ya le hallaron metido en el agua, y su ancha mano, verdadero garfio de hierro, atraía la embarcación hácia la orilla.

Las cuatro niñas saltaron á las húmedas arenas, y viéronse otra vez á pique de ser ahogadas por las caricias de sus madres, que locas de contento, reían y lloraban á la vez.

Eguren y su sobrino las llevaron acuestas hasta sus casas... Por la noche todos cuantos habían tomado parte activa en el dolor de Pedro y de Josefa, fueron convidados á tomarla en su regocijo, sin excluir á la pobre Mariana, que lejos de haberse dirigido al mar, llena de sobresalto, contaba en su cocina los momentos que su hijo tardaba en volver del monte.

Una cena sabrosa y abundantemente regada con chacolí, sagardúa y vino añejo, acabó de alegrar á todos aquellos personajes, ya tranquilos, enjutos y abrigados.

A los postres animóse la conversacion, y Pedro hizo mil preguntas á su sobrino, deseoso de saber por qué feliz casualidad se había encontrado tan á punto para socorrer á Petrilla y sus compañeras.

El sargento dió la esplicación que se le pedía, y terminó su relato diciendo :

—Ahora, señor tío, no diré Vd. que tengo miedo á las olas, y se habrá convencido de que los soldados españoles no temen al agua ni al fuego... Esto es lo que me propuse al emprender solo mi paseo. Dios ha querido que la empresa me saliera mejor de lo que pensaba, y he vuelto en muy buena compañía.

Pedro bajó la cabeza y se quedó meditabundo. Josefa le dijo por lo bajo :

—Haces mal en dar el nombre de *casualidad* á lo que debiéramos llamar un aviso...

—De la Providencia, repuso el buen hombre terminando la frase. Tienes razon, mujer, tienes razon, añadió en voz alta. La esperiencia me ha dado á conocer las angustias que se pasan en tierra cuando las personas queridas luchan en el mar contra la borrasca, y á no ser que Petrilla tenga empeño en casarse con un marino... por lo que á mí hace desisto de la idea.

—Yo no tengo empeño sino en dar gusto á mis queridos padres, dijo la hermosa Petrilla bajando los ojos.

—Pues hija, en ese caso, exclamó el *Lobo de mar* señalando á su sobrino, dános el gusto de abrazar á tu novio.

Petrilla es hoy día la mejor y la mas feliz de las esposas. El sargento ha hecho una regular fortuna, su madre goza de una vejez descansada. Pedro y Josefa ya no disputan por causa del mar. El primero ha renunciado á sus expediciones desde que las caricias y las travesuras de sus nietos le han curado del mareo que padecía en tierra firme.

M. S.

PÁGINAS INFANTILES.

La prevision.

En una capital de provincia, cuyo nombre no es del caso, poco antes que la guerra civil, dividiendo á los españoles, nos hiciese perder muchos años en la marcha de la civilización y gran número de hombres llenos de virtudes y heroísmo, vivía un pobre ebanista trabajando día y noche para sostener á su anciana madre, que enferma muchos años hacía, nada echaba de menos de cuanto necesitaba para su comodidad y bienestar, gracias á la laboriosidad de su hijo y á la visible protección de la Providencia que no desampara á los buenos.

No bien amanecía, el buen obrero se hallaba en su taller, donde permanecía hasta media noche sin hacer generalmente otro descanso que el necesario para comer ó visitar á su madre, á quien en los días buenos y en un sillón de ruedas, que al efecto había preparado, solía traer á ser testigo de sus afanes.

Frente á la casa del ebanista habitaba un joven de unos veinte años: mal aconsejado y peor dirigido, pasaba los días descansando de las fatigas de la noche anterior, ó proyectando medios de distraerse y malgastar las cuantiosas rentas de su padre, uno de los mas ricos comerciantes de la ciudad: los dos jóvenes tenían casi la misma edad, y sin embargo, ¡cuán diferente era su vida! Alguna vez pensó el rico en el pobre, algunas también el pobre pensó en el rico.

Una mañana á la puerta de Carlos, que así se llamaba el hijo del comerciante, piafaba impaciente un hermoso corcel, sujetándole apenas un criado, que empleaba toda su fuerza y habilidad para que no se escapase. Carlos, despues de haberse hecho esperar largo rato, apareció al fin elegantemente vestido, y montando con demasiada lijereza, efecto de su carácter, dió un fuerte latigazo al caballo, que con tan leve carga partió á escape, sin dar lugar á que su dueño se afianzase.

Sorprendido el joven por aquella carrera inesperada, no fué dueño de sí, ni pudo evitar un extraño presentimiento, que le privó mas aún de la necesaria serenidad en estos casos, y el caballo sin sujeción ni freno, continuó su carrera.

Testigo casual de esta escena el honrado ebanista, no pudo dominarse á la vista de una próxima desgracia, y antes que los gritos de cuantos se hallaban presentes hiciesen salir al padre de Carlos á la ventana para presenciar acaso la trágica muerte de su hijo, partió veloz como el águila, y cuando el caballo, ciego, iba á estrellarse contra un gran pilar, el ebanista llegó lleno de sudor muy cerca de él, y gritó:

—Señorito, échese Vd. á tierra; aquí estoy para recibirle.

Carlos, que veía la necesidad de aquella arriesgada determinación, se tiró en el acto, y los fornidos brazos del obrero le sostuvieron casi en el aire, mientras el caballo á

corta distancia caia muerto, despues de recibir un horrible golpe.

Describir el efecto que tan heróica accion hizo en cuantos estaban presentes, y sobre todo en el padre de Cárlos, fuera imposible; solo un grito lanzado por cien personas fué la señal de haber terminado aquella penosa situacion, sintiendo todos aparecer en sus ojos las lágrimas, y en sus labios el nombre de Dios.

El ebanista no pudo resistir mas, y cayó al suelo rendido de fatiga y cansancio. Cárlos lo colmaba de besos y caricias, mientras todos corrian en auxilio de los dos valientes jóvenes, que bien necesitaban de él despues de un accidente tan terrible, y en el que ambos habian jugado el todo por el todo.

A la mañana siguiente nadie ignoraba lo sucedido, y no se hablaba de otra cosa en toda la ciudad que del arrojado del noble obrero y de la gratitud de la familia del comerciante.

Pasáronse muchos dias, y el padre de Cárlos llamó á su casa al honrado vecino, á quien nada habia faltado durante el lamentable estado en que le dejó el suceso que hemos referido; y en presencia de su hijo le preguntó cuál era el premio que por su generosa conducta mas satisfaria sus deseos, asegurándole que no vacilase en pedir lo que le conviniese ó mejor quisiera.

El ebanista entonces, no pudiéndose ofender por la delicada oferta que se le hacia, contestó que solo una cosa iba á pedir; pero que antes exigia la mas formal promesa de cumplirla.

El padre y el hijo no solo empeñaron su palabra, sino que juraron hacer cuanto quisiera su salvador.

—Pues bien, continuó el obrero, el señorito Cárlos desde mañana, en que de nuevo pienso trabajar para sostener á mi pobre madre, será mi aprendiz.

—¡Cómo! exclamaron á la vez el comerciante y su hijo.

—No se asombren Vds.; yo nada puedo aceptar por el cumplimiento de un deber, y así solo esta súplica me ha parecido digna de Vds. y de mí.

—No comprendo, murmuró el comerciante.

—Mi padre, prosiguió el obrero, era acaso mas rico que Vd.; mi padre poseia una renta considerable, y no lejos de la casa en que vivíamos habia un taller de carpintero: siempre que me asomaba al balcon, veia un niño de corta edad que en lo mas crudo de la estacion preparaba la cola, y sacaba tablones á secar en medio de la calle. Mi padre, que habia notado diferentes veces la curiosidad con que yo veia trabajar á aquel niño, me indicó un dia si aprenderia gustoso un oficio que tanto me distraia: yo le contesté que sí, y poco despues, á la vez que tenia otros maestros, el de aquel niño venia á enseñarme el oficio de ebanista, al que tomé una gran aficion. Vicisitudes de familia, la muerte de mi padre y mil desgracias, que seria enojoso referir, me obligaron un dia á trabajar para sostenerme, y Vds. saben que á mi pobre madre no le falta ninguna de las comodidades que ha disfrutado en otro tiempo.

—¿Y pretendéis?...

—Vuestro hijo pasa el tiempo en la ociosidad, sin pensar en mañana; y si se viese algun dia como yo reducido á la

miseria, Dios sabe el medio que abrazaria para sostenerse.

El comerciante no pudo permanecer en su sillón por mas tiempo; corrió con los brazos abiertos hácia el joven obrero, y llamándole su hijo, le colmó de caricias.

Cárlos, enternecido con aquel relato, abrazó tambien al que desde entonces sin la menor reserva llamó su salvador y maestro, y por mucho tiempo asistieron padre é hijo todos los dias al taller de su vecino, quien les mostraba con orgullo á su madre asistida de los mejores médicos y rodeada de grandes comodidades con solo el producto de su trabajo.

La guerra civil estalló algunos años despues, y el padre de Cárlos se vió obligado por sus negocios á alejarse de la capital: su hijo abrazó la carrera de las armas, y cuando uno y otro creian mas asegurado su porvenir, la pérdida de la causa que defendian les obligó á refugiarse á tierra estraña. Allí se encontraron solos, abandonados como tantos otros y sin lo necesario para vivir: recordando entonces Cárlos la oportuna leccion de su vecino el ebanista, no vaciló en trabajar dia y noche para sostener á su padre, que desgraciadamente no vivió mucho tiempo.

Algunos años despues el hijo del comerciante casó en Francia con la heredera de un amigo de su padre, y al remitir á una de las principales casas de España una partida de géneros leyó el nombre de su antiguo vecino el ebanista, sabiendo así con extraordinario contento la elevada posicion á que la constancia y el trabajo le habian hecho llegar.

Fundad, niños, en el trabajo vuestras delicias, pues la ociosidad es madre de todo vicio.

Si la fortuna os colma de dones, no dudeis que la fortuna es pasajera, y cambia con suma facilidad.

Disponéos para el dia de la desgracia, aunque no temais que ha de llegar.

Dichoso, mil veces dichoso, aquel que se prepara en el seno de la opulencia y la abundancia para esperar tranquilo y sin zozobra el de la adversidad y la miseria.

La encina.

Hallándose cierto dia un juez en su despacho, dos jóvenes solicitaron una audiencia: concedida que les fué, el menor, que se llamaba Tomás, habló en estos términos:

—Hace cinco años, señor, me ví obligado á emprender un viaje por las principales ciudades de España, é ignorando cuándo regresaria, dí á guardar al que creia mi mejor amigo un reloj de oro, que hoy se atreve á negarme á pretesto que no recuerda cuándo y cómo se lo he confiado: yo os suplico, señor, que me hagais justicia.

—¿Es Vd. la persona contra quien se hace la reclamacion? preguntó el juez, dirigiéndose al que acompañaba á Tomás.

—Sí, señor, contestó éste, y aseguro de nuevo bajo mi palabra de honor, que no he recibido el reloj de que se trata. Tomás está completamente trascordado.

—Ya veis lo que dice vuestro amigo.

—Señor, jamás he sabido mentir, y mi buen corazón no me permitiría acusar á Guillermo de una falta que no hubiese cometido: el reloj era de mi madre, yo le conservaba como una reliquia, como un recuerdo sagrado; y para evitar que me lo robasen...

—¿Hubo algun testigo que presenciara la entrega? preguntó el juez interrumpiendo á Tomás.

—¡Ah! no, señor, bajo las ramas de una vieja encina nos despedimos Guillermo y yo, y allí mismo le confié el reloj que tanto quería, y que tan solo por esto deseo recuperar.

—Yo os juro, en nombre de Dios, replicó entonces Guillermo, que ignoro dónde se halla esa encina.

—Id, y traed de ella una rama, dijo el juez á Tomás: este jóven os aguardará aquí entretanto.

Tomás salió en efecto del despacho, y Guillermo se sonrió sin adivinar las intenciones de aquel magistrado encañecido en el noble ejercicio de su ministerio y acostumbrado á inquirir la verdad. Poco despues le dijo con la mayor naturalidad:

—¿Sabeis que tarda vuestro antiguo amigo? Asomáos á la ventana á ver si le veis venir.

—Es inútil, contestó Guillermo; hay mas de media legua al sitio donde le habeis enviado.

—¿Es decir, exclamó el juez levantándose, que nos habeis engañado, que habeis jurado por vuestro honor y el sagrado nombre Dios, y lo habeis hecho en testimonio de una criminal impostura?

Guillermo, aterrado, comprendió que sus últimas palabras le habian vendido, y á fin de librarse de un castigo mas severo confesó el sitio en que habia ocultado el reloj.

El magistrado entonces llamó á uno de sus alguaciles, y le dijo:

—Que este jóven permanezca en una oscura prision hasta nueva órden: allí tendreis, dirigiéndose á Guillermo, allí tendreis tiempo de meditar en esta gran verdad:

«En vano el criminal se esforzará en eludir el castigo del cielo. Dios lee en nuestros corazones, y sabe los mas escondidos arcanos de nuestra alma.»

B. T.

LABORES.

El grabado que acompaña á este número es una cenefa de aplicacion para falda interior, ó para tapete de mesa de sala. Sobre la saya de cachemir gris se coloca una de las grecas con terciopelito negro y la otra con terciopelo grana, sujetos ambos con puntos de torzal maiz que los atraviesan á iguales distancias. El dibujo que rodea los cuadros se

ejecuta pasando á través de la tela un terciopelo, que deja el mismo espacio de tela por encima que por debajo, y al lado otro grana en la misma disposicion, contrariando los cuadros. Para tapete debe hacerse con paño para el fondo, y trencillas de lana para las aplicaciones.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

Explicacion del Figurin, núm. 858, bis.

NUM. 1. *Cofia* con fondo de tul bordado, rodeado de un bullon de muselina y ala de la misma tela: un doble rizado de encaje la adorna por delante con lazadas en medio de cinta azul, que se continúa lisa entre los dos encajes á formar las bridas.

NUM. 2. *Gorra* de nanzouk con ancha ala que termina en puntas, que suben á anudarse encima de la cabeza, de donde parten las bridas: su adorno consiste en guarniciones bordadas en la misma tela.

NUM. 3. *Prendido* para soirée formado por un círculo de encaje rodeado de encaje y cinta rosa. Por delante forma diadema otra cinta entre dos encajes, completándole un lazo encima, del que parten bridas, que se anudan bajo el peinado.

NUM. 4. *Traje de jardin*, de muselina blanca, largo, adornado de cinta verde y entredoses bordados. Falda primera cortada por abajo á grandes ondas, ribeteadas de cinta, con lazo en los extremos, descansando las ondas sobre un ancho volante tableado que completa el largo: sobre-falda cortada á ondas, y estas de picos ribeteados de en-

tre-doses, que suben por detrás en todo el largo de la falda, formando cuadros, separados por lazos, el último con caídas: otros iguales á éste van colocados al costado. *Paletot* recto de la misma muselina y adornado como la sobre-falda, con manga perdida. Peinado de moña alta y bandós, separados por cinta verde.

NUM. 5. *Camiseta* de Nanzouk con canesú y estola por delante, formando bullones separados por entredoses.

NUM. 6. *Paletot* griego de muselina listada, terminado por ondas en el bajo y boca manga. La parte superior figura escote cuadrado, y camiseta interior figurada por bullones y entredoses bordados.

NUM. 7. *Cuello-corbata* de encaje blanco.

NUM. 8. *Camiseta* de muselina, plegada, con cuello liso guarnecido de valenciennes y bullonado: guarnicion de lo mismo separa la parte superior, de plegado mas menudo.

Editor: MIGUEL CAMPO-REDONDO.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14



P. Deferrandier Sculp.
Imp. Legastelois, Paris

Ad. Goubaud, Ed. Paris

858 bis

LE MONITEUR DE LA MODE

Paris, Rue de Richelieu, 92.

Lingerie de M^{me} Brémont Ala Couronne Impériale, r. N^{ve} des P^{ts} Champs, 76.

Robans et Passementerie Ala Ville de Lyon, Chaussée d'Antin, 6.

Entered at Stationer's Hall.

LONDON, E. Weldon, 22, Tavistock Street Covent Garden, W.C.

MADRID El Correo de la Moda P. J. de la Pena

CORREO DE LA MODA



